

Commuting

Hace ya mucho que cada mañana viajo desde Londres hasta uno de los pueblos del sur, siguiendo la misma ruta, atravesando las mismas villas de nombres combinados y altisonantes, parando a la misma hora para ver montar rostros conocidos y otros nuevos, adivinando, en una competencia conmigo misma, el perfil neblinoso de la estación próxima, oyendo los mismos anuncios cada mañana e imaginando el resto de mi día desde un asiento junto a la ventana del tren.

En mi *commuting* he visto una variedad de tonos de verde como nunca antes. Después de todo, estamos en la verde Inglaterra, y por la ventana puedo ver el verde suave, casi incoloro de alguna hierba recién nacida o a punto de secarse; el más verde todos los verdes, casi negro, de largas franjas de arbustos sin otro uso que separar los cultivos; el verde rojizo, como de ladrillos; el perfecto verde de los campos de golf y los mil verdes de la hilera de altos árboles, que cada día, media hora después de sentarme en el tren aparece en el horizonte para separar el paisaje noble de los cultivos de la sugerente fiereza del bosque.

Cuando el tren avanza más despacio, puedo reparar, a través de cortinas abiertas de las casas, el viejo reloj en la amplia pared de una sala, un ramo de flores aun frescas en un jarrón inmenso, expuestas de perfil al esquivo sol inglés, los varios recipientes dejados al descuido en los vistillos de las ventanas de los baños, algún librero repleto de historias en papel, las cafeteras, los estantes llenos de vasos y tazas que vuelven humanas las cocinas al amanecer y en las que yo prefiero imaginar un ambiente cálido, mezclado con un improbable olor a café y donde todavía, como en los recuerdos de mi infancia campesina en Cuba, la familia toma el desayuno junta.

Durante las primeras semanas, estuve intentando saber desde qué costado de ventanales de mi tren tenía una mejor vista y así, alternando puestos entre la mañana y la tarde, empecé a hacerme la fotografía total de una hora de viaje de Londres hacia el suroeste, una imagen a la que cada día iba sumando nuevos detalles, pequeños cambios, y con el tiempo, incómodas alteraciones a mi personal geografía del *commuting*.

Primero creí que a mi derecha estaba el mejor espectáculo, el inmenso lago, demasiado sinuoso para ser lago, perdido por unos segundos en apenas un hilo de agua que se vuelve de pronto gran charca con apeaderos para botes; el lado del castillo con rojos ribetes, cuyo nombre nunca busqué, pues en esta Inglaterra de tanta historia, un castillo empieza a perder algo de sus misterios, pero en el que yo prefiero desechar la idea

de inquilinos, modernos, *posh*, nuevos millonarios y habitarlos como en las novelas, con ancianas de apellidos venerables, nacidos casi con el país, siempre mujeres, siempre sentadas en sofás de rimbo-mbantes decoraciones, siempre con una taza de té en la mano.

El sonido del tren es monótono, el mismo vaivén durante una hora, sólo alterado por la parada a cada rato, el movimiento de la gente que sube y baja en silencio, y el silbato que anuncia la continuación del viaje. Pero aunque todos los rieles suenan igual, cada día a la misma hora el traqueteo es roto por el silencio. A veces lo noto demasiado tarde, y apenas tengo tiempo para mirar. En silencio total, el tren se desplaza por el largo puente de hierro, sobre las aguas del Támesis, a su paso por Staines. Es silencio y en la bruma de la mañana, cuando el sol empieza a salir, solo la cúpula de la iglesia es visible, puntiaguda arrogancia junto al paseo marítimo, desafiando a las elegantes mansiones de alrededor, retando a las bajas casas de los botes, los minúsculos astilleros, los barcas anudadas en la ribera, y los cisnes inmutables sobre las aguas heladas.

Y todo pasaba en invierno, en el pertinaz, inacabable invierno de Inglaterra, con sus largas frías noches y días cortos, sus oscuros y neblinosos amaneceres.

Yo creía conocer mi geografía, y me sentía dueña de ese tramo entre Londres y Weybridge, perteneciente a sus recovecos y explanadas, cada mañana y cada tarde, exactas en su oscuridad.

Pero llegó la primavera y salió el sol, y empecé a recorrer los kilómetros de rieles a la luz del día, y mi paisaje comenzó a tener sentido: las siluetas se volvieron objetos y los pueblos empezaron a mostrar rasgos propios, el campo empezó a tener otro color, los patios y jardines florecieron; en la estación cercana a Heathrow los aviones parecían aterrizar sobre mi cabeza. Fue en esos días cuando el pobre cementerio que había marcado casi el fin de mi viaje, se volvió campo florido sobre blancas piedras.

Fue también una tarde de verano, en un regreso anticipado a casa, durante los minutos de espera en Virginia Waters, cuando vi por primera vez una figura humana en el patio del hogar de ancianos al lado de la estación. Aprovechando un sol inusualmente fuerte para la hora, todos los ancianos habían sido puestos en amplias butacas rellenas con almohadones. Uno junto al otro, en fila, mirando al cielo y en un silencio absoluto, como para no molestar la gloriosa tarde, los viejos cuerpos descansaban del presente, cual figuras de cera para una representación, como dejados allí para siempre, salvados del olor a muerte en las enclaustradas paredes del edificio.

Si durante el invierno había preferido casi siempre el lado derecho del tren, con su lago y su castillo, su colegio religioso para niñas, las casas solitarias en la distancia, el lado izquierdo tenía también sus encantos: la casa con la piscina cubierta, el jardín de las bicicletas abandonadas, el patio de los juguetes rotos, el huerto de los trampolines, el jardín podado como corazón, la garza plástica posada en la cerca —yo creí que era real hasta que empecé a dudar de tanta estabilidad en una pata— los lujosos apartamentos del viejo molino apenas un minuto antes de mi llegada a Weybridge.

Cuando en la mañana me sentaba a ese lado, a los cuarenta minutos de viaje, intuitivamente levantaba la vista al mejor regalo del camino. A pocos metros de la línea, en medio del fangoso terreno, aparecían las ruinas de lo que alguna vez fue una inmensa y rica mansión. Muchas de las paredes estaban aún en pie y probablemente se podría determinar la antigua distribución de las habitaciones. Pero el techo había desaparecido casi totalmente, la lluvia y el verde se habían metido por las paredes y habían fabricado un techado nuevo de ramas abrazadas a las columnas, el musgo

pintaba las paredes, troncos y raíces rompían los cimientos y amenazaban los muros. Por lo que debieron ser los jardines de la mansión, cada mañana, en medio de la bruma, una familia de vacas pastaba o simplemente se paseaba por la gran explanada rota por sus fangosas pisadas. Nunca supe a qué hora se levantaban a desayunar o cuándo eran traídas al refugio palaciego para pasar la noche invernal; pero cada mañana, con lluvia fuerte o simple llovizna, con niebla o cielo despejado, mis vacas estaban allí, imperturbables, dueñas del palacete.

Por eso, junto con la felicidad y la energía, la primavera inglesa me trajo también una de las tristezas del *commuting*. A inicios de mayo, durante varios días, mi suerte de pasajera me había obligado a ir en el asiento derecho del tren, en el lado del castillo de ribetes rojos e imaginarias señoras pálidas tomando té. Esa mañana especialmente soleada y brillante, sentada en una ventanilla a la izquierda, luego de pasar el río y esperar por mis vacas, encontré que el sol reciente había secado el fango de los alrededores de la casa, las ramas del techo tenían retoños nuevos, la claridad alumbraba las paredes que de momento parecían haber perdido su vieja humedad. Había sol y las vacas parecían felices pastando en la hierba recién nacida, sin tener que esforzar sus cascos en el pantanoso y sucio portal. En pocos días todo había cambiado brutalmente: bajo el sol de primavera, aquella casa derruida en medio del camino era apenas eso, ruinas de un pasado mejor, deterioro del tiempo, marcas de una época gloriosa rota por el presente; dejadez, suciedad y abandono. El sol con su luz había vuelto mundano mi fantasmal paisaje de invierno. Y ahora yo, pobre yo, que en estas mañanas soleadas, y por una ruta distinta en mi *commuting*, he perdido para siempre mi palacio de las vacas.

Londres, 2009.

Iris Cepero
West London College, U.K.

Crítica: “Commuting” o la exasperante cotidianeidad

Viajera por los cinco continentes -desde las callejuelas de Atenas y Estambul hasta el desierto de Egipto y los templos de la India-, Iris Cepero ha publicado profusamente sobre ciudades, gentes y costumbres. Ahora, sin embargo, atraviesa escenarios suburbanos de Inglaterra con un ánimo que recuerda la curiosidad clasificadora de los escritores neoclásicos y los paisajes subjetivados de los románticos.

Su voz dista tanto de los neoclásicos que relataban incursiones por parajes exóticos a la espera de la civilización como de los tormentosos raptos emocionales de los románticos ante un mundo que creían regido por designios poderosos e inextricables. “Commuting” es la constancia de un tiempo de confort, velocidad y puntualidad, en el cual, no obstante, es evidente el agobio de masas encerradas en las cuadrículas del mundo laboral.

Eficiencia y sincronización son valores de ese mundo en que el ser humano continúa forcejeando con la futilidad del día a día.

El tren de “Commuting” y sus pasajeros avanzan entre campos y suburbios ingleses del siglo XXI como si ese recorrido fuera en sí mismo una disección social y un paseo panorámico por la posmodernidad. A esos viajeros silenciosos y adormecidos de los trenes ultramodernos parece acecharles un hastío similar al de poetas decimonónicos.

La cronista de “Commuting” traza sus propias estrategias para escapar de la futilidad cotidiana: se repliega sobre sí, sopesa y compara, mira alrededor de modo inquisidor, reconfigura mentalmente los caminos y el paisaje. La sensibilidad expectante la salva del vacío y la libera. El goce será pleno cuando llegue la primavera.

Armando Chávez Rivera
The University of Arizona